

RESEÑAS

Bahgat Korany y Ali E. Hillal Dessouki (eds.), *The Foreign Policies of Arab States: The Challenge of Globalization*, nueva edición revisada, Nueva York / El Cairo, The American University in Cairo Press, 2008, 494 pp.

¿Cómo actúan los Estados árabes en un sistema internacional caracterizado por la distribución unipolar del poder? ¿Cómo entienden la configuración que surge a partir de 1991 y cómo se adaptan a ella para mantener su posición y, en particular, para manejar los efectos de la primacía norteamericana, en momentos en que numerosas fracturas internas y regionales salen nuevamente a la superficie, y en que países no árabes, Irán, Turquía e Israel, intentan asumir el liderazgo regional?

Éstas son algunas de las grandes preguntas que plantea la obra colectiva editada por Bahgat Korany y Ali E. Hillal Dessouki, en la que participan politólogos e internacionalistas. El libro se compone de cuatro ensayos dedicados al marco teórico metodológico y de nueve estudios de caso, que son Egipto, Iraq, Jordania, Líbano, Marruecos, Arabia Saudita, Sudán, Siria y Emiratos Árabes Unidos. Los criterios para elegir esos países como estudio son tres: su integración al sistema regional, su grado de involucramiento en la política árabe, y la distribución de sus recursos e influencia. La estructura de la obra discurre sobre cuatro ejes temáticos –ambiente interno, orientación en política exterior, proceso de toma de decisiones y comportamiento en política exterior–, que a su vez articulan una preocupación central: se nos invita a trabajar con la teoría de relaciones internacionales y de la política exterior, a recurrir al método comparativo como un modo de estudiar el conjunto de los fenómenos políticos internacionales y, paradójicamente, como un medio para poner de relieve la especificidad de cada fenómeno y de cada política exterior.

Los autores realizan esta tarea con la perspectiva de una doble dimensión de la política exterior: la concepción del papel (*role conception*) –que equivale a la orientación y la estrategia en política exterior– y el comportamiento observable (*role performance*) de los Estados en sus relaciones con otros. En efecto, en el segundo capítulo, Korany y Dessouki exponen los

elementos que determinan las variaciones en la correspondencia entre ambas dimensiones, esto es, entre la concepción que un país tiene de su papel en el exterior y su comportamiento real. Desde esta óptica, una situación de crisis de política exterior tiene lugar cuando la brecha entre los objetivos y las capacidades reales es demasiado grande. Esto permite, sin duda, precisar los momentos de declive y optimización de la posición de un país en su entorno inmediato; también ofrece pistas para evaluar la intensidad de las motivaciones que expresa el comportamiento exterior de un Estado.

En principio, el programa de esta obra colectiva intenta rectificar el declive que se registró en los años noventa en la crítica dedicada a los estudios de política exterior comparada. Ya había habido intentos de comparación en el plano del liderazgo político y de las instituciones, como el de Volker Perthes (*Arab Elites: Negotiating the Politics of Change*, Boulder, Lynne Rienner, 2004). En el plano de la política exterior de los países árabes, desde la obra clásica de Stephen Walt, *Origins of Alliances* (1987), un intento sistemático de acercar su estudio al de la teoría de las relaciones internacionales lo encabezó justamente Bahgat Korany con Raymond Hinnebusch (*The Foreign Policies of Arab States: The Challenges of Change*, Westview Press, 2ª ed., 1991).

El valor de la obra en mención reside no sólo en que intenta superar las deficiencias y las omisiones de la anterior, sino en el hecho de que integra el mayor cambio estructural en el mundo árabe ocurrido en las últimas dos décadas, que fue el dramático debilitamiento de Iraq y la consecuente difusión del liderazgo regional. También hace una propuesta teórica intermedia entre las dos que han dominado el campo de análisis de la política exterior: la realista, encabezada por James Rosenau, y la psicológica-idiosincrática, de Michael Brecher. La perspectiva propuesta por Korany y Dessouki integra la economía política y la sociología histórica, lo cual les permite poner de relieve la convergencia e interdependencia entre factores internos y externos, así como entender la manera en que los Estados deben formular y aplicar su política exterior en un marco caracterizado por una pluralidad de espacios, actores y conflictos (militares, sociales, ideológicos y políticos) que se traslapan.

En esta obra colectiva hay otra perspectiva que se destaca, precisamente, en el título: los retos de la globalización. En el capítulo tercero, Dessouki y Korany plantean los límites que la globalización impone al comportamiento de los países árabes y la medida en que los margina del sistema internacional. Constatan que las respuestas árabes a los cambios globales generalmente han tendido a resistir sus efectos, lo cual se observa en la persistencia de autoritarismos y en la baja integración económica de la región.

Encontrar pistas de nuevas líneas de fractura en el sistema internacional y la manera en que las dinámicas de seguridad regionales se inscriben

o participan de esas fracturas, son otras aportaciones de esta obra. En su ensayo clásico sobre el sistema regional árabe desde una perspectiva realista, Paul Noble confirma la permeabilidad de dicho sistema, al enfatizar las redes de actores y fuerzas transnacionales que condicionan la política exterior de los países árabes y que ponen de relieve la fragmentación de actores, de la violencia y de las ideologías que borran las divisiones entre los niveles de análisis local, regional e internacional. Y se nos recuerda que el comportamiento de los actores políticos que intervienen en la formulación y aplicación de la política exterior no depende sólo ni principalmente de sus referentes ideológicos.

Es difícil hacer justicia a cada uno de los trabajos recogidos en esta edición. Todos subrayan un problema fundamental: los estudios de área no pueden separarse de los marcos teóricos y metodológicos. Más aún, la introducción de categorías teóricas como las del papel entendido como auto-percepción y como actuación obliga a realizar distinciones con un grado mayor de complejidad. Como ilustración, basta tomar la brecha creciente entre las capacidades reales y los objetivos enunciados que registran las políticas exteriores de algunos países árabes, como Egipto o Jordania, carentes de recursos naturales y dependientes de la ayuda exterior para el suministro de alimentos y de armamento. En el capítulo 5, destinado a Egipto, Ali E. Hillal Dessouki muestra cómo la estabilidad y moderación de la política exterior de Hosni Mubarak ha tenido el costo de debilitar el papel de liderazgo regional de El Cairo. En el caso jordano (capítulo 7, elaborado por Hillal Dessouki y Karen Abu Kheir), se observa cómo la orientación económica se ha vuelto mayor en tiempos del rey Abdallah II, y cómo el apoyo de Estados Unidos hizo de Jordania un actor regional cuya importancia excede sus capacidades reales, complicando su papel de mediador en los conflictos de la región. Como Marruecos, la gran presencia de Egipto en foros internacionales y regionales no se ha traducido en mayor poder o liderazgo regional. Desafortunadamente, Dessouki no ahonda en esta particularidad y no parece distinguir entre la independencia de la que El Cairo goza respecto de Estados Unidos en materia de derechos humanos y de la que carece en su diplomacia regional, si bien es cierto que habla de la creciente distancia que separa las percepciones de la seguridad de ambos países. Sorprende la ausencia de un pasaje sobre la evolución de sus relaciones estratégicas con Siria y Arabia Saudita, la postura de El Cairo ante la invasión de Iraq en 2003 o el avance del grupo islamista Hamas en los territorios palestinos ocupados, subtemas que hubiesen servido para ilustrar claramente la convergencia o divergencia entre las necesidades de estabilidad, seguridad del régimen y su política exterior.

Una de las aportaciones más sugerentes de este libro consiste en mostrar que todos los Estados necesitan de una política exterior, incluso los más débiles o que se encuentran bajo ocupación. El capítulo sexto, sobre Iraq, escrito por Mohammad Soffar, es sin duda uno de los más interesantes y novedosos. Soffar se pregunta si un país ocupado necesita una política exterior. De manera rigurosa, Soffar muestra cómo el lenguaje suple el papel de la violencia legítima para crear un Estado dotado de soberanía y viabilidad económica. La política exterior del Iraq ocupado se vuelve una herramienta para ser reconocido por la comunidad internacional, lo que aumenta, a su vez, la legitimidad interna del gobierno. Un análisis similar puede hacerse en torno a la política exterior de Líbano, particularmente antes de 2005 (Bassel F. Salloukh en el capítulo 8), al encontrarse al servicio de los objetivos geopolíticos de Damasco cuando terminó la guerra civil en 1991, y de los intereses franco-estadounidenses desde 2005. Salloukh recuerda cómo las preferencias ideológicas de los presidentes han sido cruciales en el comportamiento de Beirut hacia su entorno. Sin duda, una de las aportaciones más interesantes del autor es un cuadro en el que documenta los cargos al puesto de Ministro de Relaciones Exteriores entre 1944 y 2007. Una reflexión similar podría hacerse sobre Sudán (Ann M. Lesch, capítulo 10), Estado cuya situación de colapso muestra lo crucial que puede resultar para las relaciones exteriores de un Estado el nivel educativo de la población y el potencial de desarrollo económico; la realidad socioeconómica dramática de este país y la falta de correspondencia entre la autopercepción de Jartum y su comportamiento explican que la orientación en política exterior de Sudán haya sido tan fluctuante. Cabe resaltar que Lesch evita, con éxito, presentar la dimensión confesional de las divergencias políticas como eje único de la lectura de la realidad sudanesa.

Tras los innegables particularismos nacionales, quien busque una clave de lectura transversal tiene que partir necesariamente de la geografía. En todos los ensayos destaca la importancia del peso de la geografía, sus repercusiones para el desarrollo económico y la manera en que los líderes perciben su significado. A algunos países la geografía impone la diversidad en sus relaciones diplomáticas y económicas. Así por ejemplo, en el caso de Jordania, su concepción como Estado "colchón" por Gran Bretaña ha marcado el papel político, diplomático y comercial de la monarquía hachemita, aunque no parece ser la principal razón detrás de la mayor importancia que en tiempos del rey Abdallah II ha adquirido la política exterior como herramienta para garantizar la seguridad del régimen y los recursos económicos. También está el caso de Marruecos, cuya cercanía a Europa muestra la importancia crucial que para Rabat representan los acuerdos comerciales negociados en el marco del proceso euro-mediterráneo, pero

también muestra la poca eficacia de esos acuerdos como recurso político para garantizar la seguridad o la estabilidad interna, reducir la pobreza o elevar el nivel educativo de la mayoría de su población.

Otro tema transversal, que destaca en algunos ensayos, es el de los problemas territoriales. El capítulo 9, sobre Marruecos, de Jennifer Rosenblum y William Zartman, plantea cómo el tema del Sahara occidental y los problemas fronterizos con Argelia se relacionan íntimamente con la estabilidad y legitimidad del régimen. Si se extiende esa reflexión al caso de Siria y el Golán ocupado por Israel, el lector cuenta con pistas de análisis para evaluar en qué medida un conflicto territorial de esa naturaleza representa una suerte de “privilegio” que se articula con los rasgos sociales, políticos y estratégicos del frágil equilibrio regional, y con los efectos de su posterior ruptura en 2003.

El capítulo 10, dedicado a Arabia Saudita, de Bahgat Korany y Moataz A. Fattah, es el que integra más nítidamente la reflexión teórica que motiva a esta obra colectiva. En el caso saudita, dicho papel entró en conflicto por la alianza de la monarquía con Estados Unidos. Una de las principales aportaciones de este trabajo reside en mostrar cómo se ha vuelto complejo el sistema político saudita, cuando los autores exponen el surgimiento de un nuevo grupo de presión constituido por una nueva clase de empresarios y hombres de negocios que se agrega al ya existente de los clérigos. Ese nuevo grupo incide concretamente en algunos objetivos de política exterior, como fue el de adherirse a la Organización Mundial del Comercio. Por último, el caso saudita (y en cierta medida, también el marroquí) ejemplifica bien que el islam es un arma de doble filo cuando se vuelve un recurso de política exterior.

En general, la tendencia a diversificar las relaciones exteriores de los países árabes ofrece espacio a la presencia de nuevos y antiguos actores extra-regionales como Rusia, China o Europa. Una nueva dimensión en la orientación de la política saudita parece ser la de atraer a Rusia y a China, aunque es menor comparada con la que se observa de parte de Siria (capítulo 12, por Hazem Kandil). En el caso de Damasco, los beneficios de prestigio y estratégico-militares en su relación con Moscú le proporciona tienen más importancia de la que Kandil está dispuesto a reconocerle. Y, en general, lo que sobresale en varios artículos, cuando de interacciones con países externos a la región se trata, es que el proceso de Barcelona o las políticas norteamericanas de contención y de sanciones son factores del sistema internacional que contribuyen a aumentar la penetración económica de las grandes potencias, así como a fortalecer los intercambios regionales o, por lo menos, a concentrarlos.

Todos los Estados árabes han perdido margen de maniobra desde 1991 y especialmente desde 2001, y han intentado adaptarse. Incluso Siria. Sin

embargo, Hazem Kandil califica la política exterior de Damasco como rígida, resistente al cambio e incapaz de adaptarse, ya que, sostiene, se encuentra atrapada por el carácter autoritario del régimen. Kandil parece, pues, confundir los ámbitos de la táctica y de la estrategia en la política exterior de Siria, desconoce que en el primer ámbito Damasco ha mostrado una gran flexibilidad en la elección de sus instrumentos de poder y goza de cierta autonomía frente a la sociedad, mientras que en el segundo interviene la cuestión de la legitimidad interna. Si bien es cierto que, como afirma el autor, el régimen enfrenta una crisis de legitimidad de la que pueden provenir serios problemas para la estabilidad (en particular debido a los problemas económicos y a la mala distribución de la riqueza) no explica por qué, a pesar de ello, Siria continuó oponiéndose a Estados Unidos y pudo sobrevivir a sus amenazas y sanciones. En particular, el ensayo sobre Siria es el que más deja qué desear de esta obra colectiva; no distingue los distintos actores políticos, sociales y religiosos ni, por ende, su interacción con la orientación del régimen en política exterior. Sorpresivamente, Kandil no profundiza en la crisis sirio-libanesa desatada en 2005, a pesar de que es una ventana única para constatar el proceso de adaptación, entre resistencia y ajuste, que intenta el régimen sirio. No contextualiza los momentos de crisis, presenta las relaciones únicas con Irán sin perspectiva, no ofrece datos actualizados de sus relaciones con El Cairo o Riyad ni habla del cambio visible, a partir de 2004, en la relación con la Autoridad Palestina, que ilustra otro intento del régimen baathista de adaptar su política exterior a un entorno cambiante.

En el capítulo 13, dedicado a un Estado joven, los Emiratos Árabes Unidos, Abdul-Monem al-Mashat destaca una política exterior basada en el equilibrio continuo entre las capacidades y el comportamiento. Esta característica plantea la posibilidad de que la lejanía histórica y geográfica del conflicto territorial árabe-israelí y palestino-israelí sea un factor determinante para que los Estados árabes puedan asumir un papel activo, flexible y constructivo; lo mismo puede explicar la poca habilidad de esta confederación para edificar un gran ejército.

Resulta extraño que en esta obra se haya incluido a Sudán pero no a Argelia, sobre todo si se consideran los criterios que los autores definen para seleccionar sus estudios de caso. En cuanto al ámbito teórico-conceptual, un aspecto que no se integra suficientemente es el que se relaciona con el juego de percepciones, elemento sin duda elástico y difícil de medir, pero muy visible como parte del conjunto de parámetros intangibles, junto a la ideología, la estabilidad o la cohesión nacional a los que esta obra hace referencia y del cual los Estados sacan provecho en beneficio de su diplomacia pública.

Sin embargo, *The Foreign Policies of Arab States: The Challenges of Globalization* ofrece pistas de análisis muy útiles para el estudio comparado de la política exterior en el mundo árabe. Más que afirmar que el Estado es más o menos importante respecto a actores no estatales, todos los ensayos de esta obra constatan, con base en herramientas de la ciencia política y la sociología, que la política exterior se ha visto cada vez más influida por coaliciones de actores más complejos. En ese sentido, si bien esta obra colectiva trata del Medio Oriente, indudablemente sus contribuciones se inscriben en el debate sobre la articulación y el aporte mutuo entre política comparada y estudios regionales, y las relaciones internacionales.

MARTA TAWIL

María Cecilia Zuleta, *Los extremos de Hispanoamérica. Relaciones, conflictos y armonías entre México y el Cono Sur, 1821-1990*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, Colección Latinoamericana, 2008, 426 pp.

En el proceso de construcción nacional, el papel de las relaciones exteriores constituye un asunto de crucial importancia para la consolidación del Estado en el ámbito internacional. En efecto, sin el establecimiento del lugar de un Estado-nación en el concierto internacional es posible que éste sea amenazado por otros Estados que pueden cuestionar la legitimidad de su consolidación. En particular, la cuestión del establecimiento de las fronteras ha sido, históricamente hablando, un desafío central que los Estados nación deben resolver rápidamente. Aquí, el proceso de profesionalización de las fuerzas armadas a fines del siglo XIX contribuyó a salvaguardar el espacio territorial y a mantener en jaque a las posibles amenazas externas.

Sin embargo, no es sólo por las implicaciones geopolíticas que las relaciones exteriores juegan un papel en el proceso de construcción nacional. También lo juegan en forma positiva cuando determinados procesos nacionales asumen importancia en la promoción de ideas, como fueron por ejemplo las de la Revolución francesa durante las guerras napoleónicas o las de la modernización durante los procesos de colonización emprendidos por la potencia imperiales en el siglo XIX o por Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial.

Y, por último, junto con la idea de modernización, se promovió también la cultura, la difusión de la historia nacional, de obras literarias, pictóricas, musicales que buscaron dar sentido a la producción intelectual más allá de las fronteras dentro de las cuales se habían producido. Incluso, en algunos

casos, se promovieron modelos de organización política que se consideraban más eficaces que los que habían sido utilizados por las oligarquías en el siglo XIX, como fue la idea de la democracia representativa.

Este trasfondo proporciona contexto para valorar la contribución que María Cecilia Zuleta realiza en su libro sobre las relaciones de México con los países del Cono Sur: Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay. El libro es un esfuerzo notable por demostrar cómo el establecimiento de vínculos diplomáticos, culturales y económicos fue parte del proceso de construcción del nuevo Estado mexicano en el periodo postrevolucionario.

Se inscribe claramente dentro del tercer sentido al que aludimos recién, el de proyectar más allá de las fronteras nacionales lo que estaba realizando México en ese periodo en términos políticos, culturales y económicos. Lo escrito y argumentado en este libro indica que, contrariamente a lo que a veces se sostiene equivocadamente, las relaciones exteriores no son algo ajeno a la política interna sino que forman parte de ella. Es decir, las relaciones exteriores son parte del desarrollo nacional.

En este volumen, a partir de temáticas estrechamente ligadas a determinados periodos de la historia latinoamericana y en particular a lo ocurrido en el periodo postrevolucionario (1915-1990), se puntualiza y documenta una serie de asuntos que dieron lugar a la construcción de una política exterior que fue mucho más allá del simple establecimiento de relaciones diplomáticas entre México y los países del Cono Sur.

Después de narrar las incidencias de los conflictos territoriales de las provincias rioplatenses y de describir la búsqueda del reconocimiento de los procesos de independencia, Cecilia Zuleta destaca el papel de actores políticos como Lucas Alamán en la promoción de la institucionalización de la diplomacia mexicana desde 1830 en adelante. Relata cómo Santiago Sierra (hermano de Justo Sierra) estableció vínculos con Victorino Lastarria, Alberto Blest Gana, Benjamín Vicuña Mackenna y los hermanos Matta, para buscar romper el aislamiento de México durante la Guerra de Intervención Francesa con base en la difusión de las ideas liberales y republicanas, defendidas por el presidente Benito Juárez. Logró que Chile se declarara en contra de la intervención. Cabe resaltar el éxito de Sierra y del canciller Matías Romero en la alianza con los liberales chilenos, que en ese momento estaban enfrascados en conflictos con los conservadores, sobre todo en relación a la cuestión de la Iglesia católica.

Pocos años más tarde, le tocó a México apoyar a Chile en la Guerra del Pacífico (1879-1883), que contribuyó a modificar el equilibrio del poder en el Pacífico Sur. Aquí, cabe resaltar cómo las posiciones de Chile y México en relación a eventos particulares desencadenaron una lógica de interacción recíproca que permitió vincular estrechamente a ambos países. En

cuanto al impacto de ese conflicto bélico en el desarrollo doctrinario de la política exterior de México, cabe indicar que sirvió para afianzar la idea del derecho internacional en América Latina y a promover un debate sobre la cuestión del derecho de intervención de uno o varios países en los conflictos que afectaban a otros, en particular por la activa participación que le cupo a Gran Bretaña como estrecho aliado de Chile.

El periodo revolucionario puso al descubierto la desintegración del sistema político de la dictadura porfirista y abrió una década de conflictos armados, que fueron observados muy críticamente por las élites liberales y conservadores de los países del Cono Sur, éstas vieron una fuerte amenaza a sus privilegios en la movilización de las masas campesinas y en la aparición de líderes como Emiliano Zapata o Francisco Villa.

La Revolución mexicana (1910-1920) inició cuando en varios países latinoamericanos (Argentina, Perú, Bolivia) había estallado una serie de conflictos laborales, sobre todo en las minas y en los complejos agroindustriales del azúcar y del algodón, que guardaban relación con los que habían tenido lugar en México (Cananea, Río Blanco). Desde comienzos de 1906, las demandas obreras por los derechos de organización y huelga, así como por mejoramientos salariales y de condiciones de vida, se habían difundido a través de la prensa que contribuyó a proyectar los acontecimientos de México en todos esos países y en el resto de América Latina. Por ejemplo, en el Perú, la difusión del pensamiento anarquista guardaba estrecha relación con las ideas que Flores Magón había contribuido a desarrollar en México; y durante la década de 1920, la revista *Amauta*, editada por José Carlos Mariátegui, también jugó un papel importante en la difusión de los acontecimientos en México.

Cecilia Zuleta documenta en detalle estos paralelismos y ofrece algunas informaciones notables, como la protección que un encargado diplomático chileno, Anselmo Hevia, buscó proporcionar a Francisco Madero y a Pino Suárez cuando fueron arrestados por las tropas de Victoriano Huerta. Informa también del rechazo de tres de los cuatro países del Cono Sur (Uruguay lo reconoció) a las peticiones de Huerta para ser reconocido después del golpe de Estado de 1913. Y cuenta de la fuerte reacción frente a la ocupación militar de Veracruz por Estados Unidos durante el año 1914 así como de la negativa de Chile a vender armas a su gobierno.

Si se toma en cuenta que México vivía una guerra civil de gran intensidad y que los líderes revolucionarios buscaban derrocar a Huerta, se puede suponer que las relaciones exteriores no ocupaban un lugar central en sus preocupaciones. No obstante, ese no era el caso. En efecto, Venustiano Carranza mantuvo siempre las relaciones exteriores en un lugar privilegiado dentro de las políticas del Estado revolucionario en ciernes. Aquí, Isidro

Fabela jugó un rol central al lograr que el gobierno de Carranza fuera reconocido por Estados Unidos, Argentina y Chile en octubre de 1915. En paralelo a las gestiones relacionadas con el problema del reconocimiento, cabe destacar que en esos años (1915-1917) Carranza también buscó fortalecer las relaciones económicas con algunos países latinoamericanos, a lo cual contribuyó Luis Cabrera, otro, con Fabela, de los hombres más cercanos al presidente, quien buscó y logró colocar exportaciones de carbón y henequén en el mercado argentino en 1917.

A fines de los años veinte, durante y después de la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928), se abre una nueva coyuntura de las relaciones exteriores de México con los países del Cono Sur, en la que el secretario de Relaciones Exteriores, Aarón Sáenz, jugó un papel central. En efecto, en marzo de 1927, al nombrar a una figura intelectual como Alfonso Reyes, embajador de México en Argentina, México consolidó esos vínculos.¹ Lo mismo ocurrió en enero de 1928, al nombrar a Alfonso Cravioto, embajador de México en Chile. Con estas decisiones, México demostró que la diplomacia no constituyó el único pedestal de los contactos entre México y el Cono Sur. También la industria cultural (literatura, cine, teatro, radio) y los contactos académicos jugaron un papel fundamental en esas relaciones.

Al asumir Cárdenas la presidencia en diciembre de 1934 y como resultado de dos acontecimientos bélicos (el estallido de la Guerra del Chaco en 1935 y de la Guerra Civil Española en 1936), las relaciones de México con el Cono Sur se profundizaron. También lo hicieron desde marzo de 1938, después de la nacionalización del petróleo, cuando México debió buscar nuevos mercados. En ello, la ofensiva diplomática emprendida por Alfonso Reyes en Brasil entre abril de 1938 y febrero de 1939 redundó en una compra de petróleo mexicano por parte de ese país.

En cuanto al conflicto que enfrentó a Bolivia con Paraguay en la región de Chaco, México buscó asumir el papel de árbitro afirmándose como potencia pacifista, esto lo enfrentó con Argentina, que definió el conflicto como situado dentro de su área de influencia. No obstante, México se afianzó en contra del conservadurismo de las autoridades argentinas que se afanaban en ser una potencia continental definiendo posturas de índole moral, de principios.

¹ Alfonso Reyes fue embajador en Argentina durante un periodo álgido de la historia de ese país. Fue testigo del golpe de Estado en 1930, que abrió lo que pasó a llamarse la "década infame". Quizás ello explica que haya concluido su encargo el 24 de febrero en 1931. Volvió a Argentina como embajador entre el 21 de mayo de 1936 y el 1 de enero de 1938, periodo durante el cual tuvo que enfrentar las profundas diferencias de ambos países en relación a la Guerra Civil Española y a la Guerra del Chaco. No obstante, los lazos que estableció Reyes con intelectuales argentinos fueron perdurables.

En cuanto a la Guerra Civil Española, la cuestión del asilo político asumió un carácter central en la posición de México. Sin embargo, a medida que la guerra civil se convertía en un ensayo general de lo que sería la Segunda Guerra Mundial, por la intervención de las grandes potencias (Alemania en primer lugar y la URSS inmediatamente después), transformó el conflicto en un parteaguas de la política exterior de México. En efecto, entre julio de 1936 y enero de 1939, México favoreció abiertamente al gobierno legítimo de la República con ayuda material (armamento) y después de la derrota republicana con una apertura a miles de perseguidos políticos. Esta postura enfrentó a México con las derechas que estaban en el poder en varios países del Cono Sur (gobiernos militares en Argentina, gobierno de extrema derecha en Chile, católicos y militares en Paraguay y Uruguay), que apoyaban abiertamente a los franquistas.

Esos países, Argentina en particular, apoyaron a Franco a través de la incautación de barcos que llevaban pertrechos a los republicanos, del apresamiento de republicanos que vivían en Buenos Aires y del impedimento de la entrada de españoles republicanos a su territorio. Por su parte, el gobierno de Alessandri (1932-1938) otorgó asilo político a los franquistas madrileños en la embajada chilena en España, cuando el gobierno republicano tenía la representación legítima del Estado español.

Entre 1932 y 1938, el anticomunismo visceral de las posiciones de los gobiernos de Argentina y Chile y la presencia de sectores políticos que compartían las posiciones de los gobiernos fascistas de Alemania e Italia, deformaron el análisis del significado del gobierno republicano en España y afectó las relaciones con México. En efecto, presidentes como el general Agustín P. Justo (1932-1938) o Arturo Alessandri cuestionaron la política exterior del gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940), que focalizaba su atención en los aspectos humanos derivados de la guerra. Esta situación obligó a Alfonso Reyes a abandonar Argentina a fines de 1937, como resultado de campañas de desprestigio hacia México, fomentadas desde el gobierno militar.

Por su parte, en Chile el embajador de México, Ramón P. de Negri experimentó un trato similar por parte de la prensa derechista encabezada por *El Mercurio*. Dicho periódico denunciaba al que definía como el “izquierdismo mexicano”, que se hacía presente en los maestros militantes del cardenismo que fungieron como agregados culturales informales. Ellos impartían cursos sobre la historia de México y sobre la Revolución, dejando una huella impercedera en los sectores populares movilizados por el gobierno del Frente Popular, encabezado por el presidente Pedro Aguirre Cerda. De Negri no asumió un papel pasivo frente a estos ataques y declaró abiertamente que “el ministerio de relaciones es en Chile el departamento

de Estado más incondicionalmente sometido a la voluntad eclesiástica católica y por otra parte a las cancillerías de Berlín, Roma, Buenos Aires y Río de Janeiro” (p. 204).²

Derrotado el gobierno republicano, México puso en marcha medidas entre las que sobresale el refugio otorgado a los niños, a los intelectuales y a militantes políticos; lo cual fue favorecido porque en ese momento, marzo de 1939, el Frente Popular había ganado las elecciones presidenciales y el gobierno de Chile encabezado por Pedro Aguirre Cerda modificó radicalmente su política en relación a los republicanos, coincidiendo con México. Ambos países recibieron a los exiliados españoles gracias a las gestiones emprendidas por destacados intelectuales, como Daniel Cosío Villegas, Pablo Neruda y Gabriela Mistral, quienes desde sus posiciones diplomáticas impulsaron la contratación de barcos para trasladarlos a Chile y México.³ En los años cuarenta, después de las turbulencias de los años treinta, las relaciones de México con los países del Cono Sur experimentaron un renacimiento que se focalizó en las cuestiones culturales,⁴ lo que en gran medida fue la consecuencia de las actividades de los exiliados españoles.⁵

Como ilustración de las iniciativas mexicanas en esa coyuntura, se puede destacar el hecho de que cuando Pablo Neruda fue nombrado cónsul

² Cabe señalar que Ramón P. de Negri permaneció nueve meses en la Embajada de México en Chile (del 8 de enero al 14 de septiembre de 1936) y fue testigo de la derechización notable de la política chilena en la que aparecieron versiones locales del nazismo, todas inspiradas en un anticomunismo radical que se enfrentaron con la posición que México asumió en relación con la Guerra Civil Española.

³ Entre el 31 de julio de 1936 y el 2 de marzo de 1937, Daniel Cosío Villegas fue encargado de negocios de México en Portugal. Gabriela Mistral y Pablo Neruda fueron cónsules de Chile en Barcelona y Madrid entre 1934 y 1936 por breves periodos, marcados por fuertes diferencias con el embajador de Chile en España, que daba asilo a los franquistas. En 1939, Neruda fue designado Cónsul Especial para la Inmigración Española con sede en París, lo cual le permitió organizar el viaje del barco *Winnipeg*, que trasladó a dos mil refugiados republicanos que llegaron el 2 de enero de 1940 a Valparaíso. Poco tiempo después, Neruda fue nombrado Cónsul General en México, posición desde la cual otorgó la visa para que David Alfaro Siqueiros viajara a Chile.

⁴ Los libros editados por el Fondo de Cultura Económica (creado en 1934), traducidos por José Medina Echavarría, Wenceslao Roces, José Gaos y otros, las editoriales (El Ateneo, Espasa Calpe, Losada, Emecé, Joaquín Mortíz, Grijalbo, Hermes), los editores (como Arnaldo Orfila, quién asumió la dirección del FCE entre 1948 y 1965), constituyeron la base de esa colaboración. A fines de los años cuarenta e inicios de los cincuenta, el cine fue también parte de la intensidad de las relaciones de México con los países del Cono Sur, dando lugar a la apertura de salas que proyectaban sólo películas mexicanas.

⁵ Véase Clara Lida y Francisco Zapata, “Signs of Identity: Latin American Immigration and Exile”, en Mario J. Valdés y Djelal Kadir (eds.), *Literary Cultures of Latin America: A Comparative History*, vol. III: *Latin American Literary Culture: Subject to History*, Oxford, Oxford University Press, 2004, cap. 42, pp. 503-511.

de Chile en México en 1940, invitó a David Alfaro Siqueiros a viajar a Chile. Siqueiros apenas había dejado la cárcel, donde purgaba la pena de haber contribuido al asesinato de León Trotsky; en Chile pintaría un mural en la escuela que más tarde sería bautizada “México” de la ciudad de Chillán.⁶ Ese mural fue inaugurado en 1942 y Siqueiros pudo así, sin pertenecer al sistema artístico estatal, contribuir al acercamiento entre México y Chile.⁷

Los cambios en la correlación de fuerzas entre las grandes potencias y la hegemonía norteamericana que resultó del fin de la Segunda Guerra Mundial suscitaron tensiones en América Latina. Estados Unidos tenía el afán de alinear a países como Brasil y México con sus objetivos internacionales y en particular con la firma del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) en 1947, lo que implicaba una profundización de la colaboración militar entre Estados Unidos y América Latina. Por otra parte, también desencadenó tensiones el gobierno militar de los generales Ramírez y Farrel en Argentina (1943); dicho gobierno fue reconocido por Chile pero objetado por Brasil y México. Y también incomodó el neutralismo argentino, que había logrado retrasar la declaración de guerra a los países del Eje hasta cuatro meses antes de que concluyera la Segunda Guerra Mundial, incluso después del ataque a Pearl Harbor. Esta situación repercutió sobre México cuando organizó la Conferencia Interamericana sobre Problemas de la Guerra y de la Paz en enero de 1945, a la que Argentina casi no asistió por su atraso en declararle la guerra al Eje. Estos hechos confrontaron a esos países con Estados Unidos y se intensificaron cuando dicho país intervino directamente en el derrocamiento del presidente Jacobo Arbenz en Guatemala (1954) y en el triunfo de la Revolución cubana en 1959.

A principios de los años sesenta, México había dado gran continuidad a las políticas impulsadas durante el gobierno de Cárdenas y a lo largo de los años cuarenta, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. En esta continuidad, vale la pena subrayar la política exterior del gobierno de Adolfo López Mateos (1958-1964), que, además de oponerse a la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1962, se solidarizó con los movimientos nacionalistas de los procesos de descolonización en Asia y África, alineándose así con las posiciones del gobierno de Francia, presidido por el general De Gaulle (1958-1968). López Mateos

⁶ Véase Justo Pastor Mellado, “El efecto Siqueiros”, manuscrito, Proyecto *La búsqueda perpetua: lo propio y lo universal de la cultura latinoamericana*, Dirección General del Archivo Histórico Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores del Gobierno de México, 2009.

⁷ Es pertinente mencionar que en la coyuntura del golpe de Estado pinochetista en 1973, este mural, titulado “Muerte al invasor”, estuvo en peligro de ser destruido sin que, afortunadamente, eso sucediera. Lo mismo ocurrió con el mural que González Camarena pintó en la Universidad de Concepción, que tampoco fue destruido.

logró mantener cierto grado de autonomía con respecto a Estados Unidos. Además, la política exterior guardó estrecha relación con el impulso dado a la industrialización y a la modernización de la sociedad mexicana, que coincidió con lo que hacía Brasil y Chile en la misma época, siguiendo las recomendaciones de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) bajo el liderazgo de Raúl Prebisch y la participación de destacados economistas mexicanos como Víctor Urquidí.

La última etapa de la trayectoria reseñada por Cecilia Zuleta se refiere al periodo entre 1970 y 1990. Durante estas dos décadas sobresale la revisión que presidentes como Luis Echeverría (1970-1976) y José López Portillo (1976-1982)⁸ hicieron de la Doctrina Estrada, en el sentido de que México ya no se limitaría a enviar o retirar sus representantes diplomáticos sin pronunciarse políticamente respecto de regímenes que consideraba reprobables.

Puesta en práctica después del golpe de Estado de Pinochet en Chile a partir del 11 de septiembre de 1973 y después del golpe de Estado de Videla en Argentina en marzo de 1976, esa política dio a las embajadas mexicanas un papel central en el refugio a los perseguidos políticos y en la defensa de los regímenes democráticamente electos. En este sentido, el asilo otorgado al presidente Héctor Campora y a Juan Manuel Abal Medina (que se prolongó hasta 1982) demostró la consistencia de esa política en los años setenta y ochenta. En este sentido, el estallido de la Guerra de las Malvinas en mayo de 1982 proporcionó a México la oportunidad de asumir, sin confrontar directamente a Estados Unidos, “un papel de liderazgo en la región como potencia media que equilibraba los intereses estadounidenses, centroamericanos y cubanos en la zona” (p. 306).

Después de 1973 México amplió significativamente su presencia en el Cono Sur. Las relaciones exteriores de México asumieron un carácter estratégico en la resolución de los conflictos que se derivaron de los gobiernos militares. Durante su periodo, su presencia contribuyó decisivamente a enfrentar las posiciones del gobierno norteamericano que apoyaba abiertamente a los sectores más reaccionarios en esa región del continente.

Más tarde, las iniciativas del gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1988) en las negociaciones para llegar a acuerdos de paz en Guatemala, Nicaragua y El Salvador (Grupo Contadora) fueron exitosas y dieron a la política exterior de México una presencia central en los procesos de transición de

⁸ Es pertinente recordar que en 1941 ambos presidentes habían participado en la Escuela de Verano de la Universidad de Chile y que varias décadas después, sobre todo durante el sexenio del presidente Echeverría, esa estadía sería recordada en el contexto del acercamiento que se dio entre México y Chile durante el gobierno de Salvador Allende.

la guerra a la paz y de las dictaduras militares a la democracia. La política que se había puesto en marcha en el Cono Sur desde 1973 en adelante se fortaleció durante los conflictos armados en Guatemala, Nicaragua y El Salvador. En ese periodo las políticas de México involucraron ayuda material, refugio a los perseguidos, la afirmación del derecho de los pueblos a la autodeterminación e incluso labores de inteligencia que buscaron contrarrestar la intervención de los servicios represivos argentinos en Nicaragua durante la guerra civil. Por su parte, la creación de la Comisión Mexicana de Ayuda a los Refugiados (COMAR), que contribuyó a organizar la supervivencia de miles y miles de refugiados guatemaltecos en los estados de Tabasco, Campeche y Chiapas, subrayó lo que los presidentes Echeverría y López Portillo habían emprendido desde principios de la década.

Cecilia Zuleta ha realizado un estudio que refleja la investigación exhaustiva de la documentación disponible sobre las relaciones de México con los países del Cono Sur, y con referencias a otros países de la región. La inserción de esa investigación en el contexto general del desarrollo político, económico y cultural del país ha demostrado la tesis de que las relaciones exteriores de un Estado son partícipes del desarrollo nacional.

Se puede inferir de esta tesis que las relaciones de México con el Cono Sur repercutieron sobre el fortalecimiento del Estado mexicano y contribuyeron a transformar sociedades, como las del Cono Sur, que se demoraron varias décadas en asumir los cambios que la industrialización y la modernización implicaban. Así, las posiciones de México en diversas coyunturas históricas contribuyeron a la difusión de los ideales y de las realizaciones de la Revolución mexicana. Demostraron que era posible transformar la estructura agraria, inducir procesos de industrialización, crear instituciones culturales que permitieran el desarrollo de artistas plásticos, escritores y músicos ligados al desarrollo nacional. Las posturas que México defendió contribuyeron a la modernización y a la transformación de las sociedades y de los sistemas políticos del Cono Sur. Abrieron perspectivas a los grupos populares que vieron en la Revolución mexicana, como lo verían varias décadas después en la Revolución cubana, la posibilidad del cambio. Por lo cual, y al contrario de lo que frecuentemente se sostiene en México, esas posiciones contribuyeron a deslegitimar sociedades tradicionales, oligárquicas y a difundir las herramientas para pensar ese cambio.

FRANCISCO ZAPATA

Immanuel Wallerstein, *Universalismo europeo. El discurso del poder*, trad. J. Anaya, México, Siglo XXI, 2007, 121 pp.

Cuando universalizar las ideas –objetivo innato de todos los que vivimos en sociedad– se encuentra con los particularismos de otros, se requieren instituciones que defiendan y apoyen esas ideas, una explicación satisfactoria de por qué son mejores que otras, además de actos de dominación, lo que origina fuertes debates que dividen en vez de homogeneizar.

Actualmente, vivimos en un sistema-mundo incompleto y desigualmente “globalizado” (otra forma de llamar al universalismo europeo), pues no en todos los países ni en todos los ámbitos se universalizan ideas. En este libro (basado en una serie de tres conferencias dictadas en St. John’s College), Immanuel Wallerstein muestra al lector lo que para él es la verdadera estructura y funcionamiento del sistema-mundo, y la crisis en la que está sumergido, a la vez que nos hace pensar en cuál queremos vivir: uno europeo, manejado por unos cuantos, o uno universal, manejado por todos.

Que en el mundo haya ideas diferentes no significa que sea maniqueo. Los que están –y han estado– a la cabeza de la escena mundial se encargan de conducirnos hacia el maniqueísmo extremo, toda vez que quieren universalizar ideas particulares, y que se arrojan el derecho moral de intervenir (difícil de legitimar) y de llevar a cabo actos de dominación, usando la fuerza o las ideas.

Desde que comenzó a formarse el sistema-mundo moderno hasta el presente, los paneuropeos han justificado de varias maneras sus políticas contra otros basándose en la idea de superioridad. En el siglo XVI, el expansionismo europeo encontró en la evangelización un pretexto para conquistar y someter civilizaciones que tenían “prácticas bárbaras” –movimiento defendido por Juan Ginés de Sepúlveda y rechazado por Bartolomé de las Casas. En los siglos XVIII y XIX, la misión civilizadora y modernizadora, es decir la encarnación de los valores del mundo capitalista (orientalismo), dio al colonialismo europeo incentivos morales para dominar intelectualmente a aquellas civilizaciones, si no atrasadas, fuera de la cristiandad occidental. En la segunda mitad del siglo XX, cuando las colonias empezaron a convertirse en Estados soberanos miembros de la ONU –por lo que nadie podía intervenir en sus asuntos internos–, surgieron varias excusas nuevas, como defender los derechos humanos, liberar rehenes, abolir regímenes autoritarios, prevenir o evitar crímenes contra la humanidad y expandir la democracia.

Un sistema-mundo siempre está evolucionando. Cuando esa evolución lo aleja mucho del núcleo el sistema deja de funcionar adecuadamente y entra en crisis, de la cual resulta uno nuevo. La creación del capitalismo

(nuestro sistema-mundo moderno) y el funcionamiento y legitimación de sus estructuras políticas, económicas y sociales —que están en crisis—, se han acompañado por la evolución de las estructuras del saber. Primero se separó la teología (subjetiva, incierta y no universal) del progreso en el conocimiento científico y sus aplicaciones tecnológicas, para usar el segundo como legitimador. Cuando se derribe el sistema-mundo moderno, junto con sus estructuras del saber, sólo nos quedará el conocimiento adquirido. ¿Qué haremos con él?, ¿cómo lo organizaremos?, ¿qué nuevo sistema construiremos?

Todos necesitamos creer en algo, nadie está dispuesto a defender el relativismo radical, pero ¿existen los valores universales? Si existen, no necesitan proselitismo, pues son verdaderos cuando nos son “revelados” o cuando “son naturales” y “descubiertos”; no hay más etnocentrista o particularista que el que quiere universalizar. Un verdadero no *orientalista* es aquel que particulariza lo universal, universaliza lo particular y acepta las tensiones que esto causa.

La cuestión que hoy se nos presenta es cómo salir del universalismo europeo para llegar a un universalismo universal que rechace a particulares y esenciales, y en el que no sea Occidente el que dé y los demás quienes reciban. Para esto, los intelectuales son críticos, deben buscar la verdad por medio de las ciencias y la belleza —para construir una moral—, y unificarlas mediante la política. También los científicos sociales deben unificar el conocimiento general individual de todos los particularismos, historizando nuestro análisis intelectual, para así ver nuestra realidad como parte de la totalidad (la Historia), analizar nuestras opciones reales y poder decidir cómo queremos llegar a ese universalismo universal una vez que el europeo acabe.

Wallerstein describe, y critica, la forma en que se manejó —y se sigue manejando— el mundo. Pero, a pesar de haber hecho eso y de que sólo fueron una serie de conferencias (insuficientes para tratar todos los aspectos de un problema), me pareció catastrófico que afirmara que la estructura del sistema-mundo actual está en crisis, que pronto no tendremos nada más que el conocimiento adquirido y que tendremos que elegir y construir una estructura nueva. Contrario a eso pienso que el capitalismo logrará mantenerse en pie, aunque tenga que admitir modificaciones leves y que pasará un largo tiempo antes de que podamos escoger, libre y deliberadamente, una nueva estructura de nuestro sistema-mundo.

A mi parecer, la forma de concluir no es clara, pues lo hace con una afirmación vaga: hay que universalizar lo particular, particularizar lo individual y aceptar las tensiones que esto causa; y una pregunta: ¿qué tipo de sistema-mundo queremos? Esto no significa que el libro carezca de valor,

sino que, tomando en cuenta que es un texto que llama a la acción, hubiera sido mejor que profundizara más en una posible respuesta a esa pregunta.

A falta de lo anterior, los lectores son los que deben responder. Pero antes de preguntarse qué nuevo sistema-mundo quieren, deben ser conscientes de si son partes y soportes del universalismo europeo. Debemos darnos cuenta de que la mayoría no sólo permitimos, sino que apoyamos, consciente o inconscientemente, las estructuras que mantienen el orden actual; por lo que debemos, primero, caer en cuenta de ello, para saber de qué manera evitarlo y luego plantearnos la pregunta del libro.

RAFAEL ARRIAGA CARRASCO